

EL MERCADER DEL FORO

Lucio se ciñó la toga a su gruesa cintura y salió de la taberna para sentir la caricia del sol en su curtido rostro. Cada año que pasaba se sentía más viejo y necesitaba cada vez más alejarse unos instantes de su concurrido negocio para serenarse un poco y tratar de no golpear a su inepto aprendiz, que había vuelto a romper uno de sus preciados productos.

Respiró hondo y miró al despejado cielo matinal. Era una cálida mañana de verano y corría el año 710 desde la fundación de la poderosa e inmortal ciudad de Roma. Sonrió y contempló la plaza.

La ruidosa multitud se agolpaba alrededor de los comercios en una constante compra-venta de mercancías. Las animadas conversaciones de los ciudadanos sólo eran superadas por los comerciantes, que anunciaban a voz en grito sus productos. En derredor se podían ver tarimas de madera en las que desgraciados esclavos aguardaban ser vendidos al mejor postor en una subasta, arrogantes senadores mirando por encima del hombro al resto de la plebe, chiquillos correteando jubilosos entre las piernas de la gente...

Lucio sonrió nuevamente, satisfecho, se encontraba en el foro de la ciudad más importante del mundo; tras años de esfuerzo y dedicación aprendiendo su oficio de los mejores maestros y ahorrando el dinero suficiente para comprar su propia taberna, estaba haciendo realidad su sueño. Los más ricos y prestigiosos ciudadanos romanos habían pisado el suelo de su establecimiento y se habían llevado sus magníficas piezas, a cambio, claro, de un precio razonable. Dentro de poco podría comprarse la villa rústica que siempre había deseado cerca de su ciudad natal, Túsculo.

Un ruido metálico interrumpió sus pensamientos, Lucio giró la cabeza y observó a la multitud, viendo como dos centuriones se habrían pasado entre la masa humana. Sus lóricas y gálicas refulgían por el efecto del sol mientras sus afilados gladios embutidos en sus vainas rebotaban contra sus hercúleos cuerpos al caminar. Los soldados flanqueaban a un senador protegiéndole del resto de los transeúntes.

Mientras Lucio se preguntaba quién necesitaría escolta en esos tiempos de paz, los soldados se detuvieron en la puerta de su taberna y el senador entró. El mercader, presto, le siguió saboreando ya un lucrativo negocio.

El hombre se detuvo con porte regio enfrente del mostrador examinando las joyas expuestas. Lucio se situó frente a él y el senador levantó la vista.

Llevaba la toga laticlavia, símbolo de su cargo, con dos anchas franjas moradas sobre el impoluto blanco de la prenda hecha de seda.

El hombre tenía cierto atractivo a pesar de rondar los cincuenta y su pelo entrecano; la mandíbula cuadrada y los pómulos altos enmarcaban una inteligente y calculadora mirada.

-Buenos días señor, permítame que le muestre mis tesoros; tengo un sinfín de collares, anillos y pendientes en plata y oro, con incrustaciones de piedras preciosas traídas de los confines del imperio y exóticas joyas provenientes de más allá de Persia –anunció el mercader. –Seguro que maravillarán a su hermosa mujer, Cleopatra.

El hombre hizo un leve gesto de sorpresa al oír el nombre antes de sonreír -Veo que me habéis reconocido.

-El gran Julio César si no me equivoco, es usted un héroe de la República.

-Me halaga mercader, pero parece que el resto de senadores no comparte su opinión, la mayoría no dudaría en eliminarme si tuviesen la oportunidad. A medida que aumenta el apoyo del pueblo romano hacia mí noto que crece la hostilidad de mis compañeros políticos.

“Esa es la razón por la que lleva escolta” dedujo Lucio.

-Bueno ¿Y a qué se debe su visita? ¿Cuál de mis inigualables trabajos enjoyados desea adquirir?

Después de un agradable rato conversando, el cónsul abandonó la taberna internándose entre la gente del foro, portando un espléndido collar de oro y marfil con incrustaciones de lapislázuli y unos cuantos denarios menos en el bolsillo.

-Felices Idus de marzo, señor -dijo Lucio haciendo que Julio se volviese y dedicase un gesto de despedida al mercader.

Lucio se quedó mirando cómo se alejaba el carismático político, sin saber aún que aquella misma tarde se labraría un puesto en los anales de la historia